

Los episodios nacionales

EL CABALLO DE PAVIA

Esta semana le hemos dado un trotecillo al caballo de Pavia. Aquí, en cuanto parece que el caballo de Pavia empieza a relinchar o a piafar y que ensaya cabriolas, corvetas o balotadas, hay gente que se pone nerviosa. Y es natural, porque es frecuente que los españoles hagamos la historia montándonos en un caballo. Y si no, fíjense ustedes en las estatuas. Casi todas las estatuas se nos suben a un caballo, y si no se suben es que son estatuas de escritores, artistas, gente así, de medio pelo y de medio cuerpo, villanos de a pie que sólo se retratan en el photomaton. Los períodos democráticos de nuestra vida política se pueden reconocer porque anda muy poca gente a caballo, y así los que hacen las estatuas no saben adónde empinar a los políticos, y los empinan a un escaño, como han hecho con don *Emilio Castelar*, o les ponen una columna de piedra desde el cuello, que es una manera como otra cualquiera de cortarles la cabeza. Con don *Diego de Velázquez* no sabían qué hacer, y lo sentaron en una jamuga a la puerta del Museo del Prado. En los otros períodos, que son los más, triunfan las estatuas ecuestres. Para nosotros, si un gobernante no se sube al caballo, es que no manda nada, y lo que hay que hacer es subírsele a las barbas, que quedan justo a la altura de la mano.

Por eso estamos temiendo siempre que aparezca el caballo. Lo de menos es el señor que viene encima. Lo verdaderamente importante es que llegue el caballo. El caballo es aproximadamente el mismo en todas las ocasiones, y si hemos dado en llamarle el caballo de *Pavía*, es porque seguramente ése fue el que mayor terror puso en los señores diputados, que saltaron todos fuera del hemicycle hasta por las ventanas. Cuando se quiera elogiar el valor y las dotes de mando de alguien, casi siempre se recurre al caballo que lleva entre las piernas. Ahí tienen ustedes las cosas que se dicen del caballo del *Espartero*. O sea, que quien verdaderamente tiene mérito es el caballo.

Bueno, pues el caballo de *Pavía* nos ha dado un susto. Yo creo que la cosa no fue para tanto. Se oyó un tintineo de espuelas, algunas palabras rebrillaron como la hoja de un sable, dijeron alguna cosa los únicos españoles a los que en este primer acto de la democracia les ha tocado callar, y los políticos empezaron a ver una *Galaxia-2*, algún brillo de clarín y los pálidos reflejos que, según *Rubén Darío*, anuncian la espada. Y dieron en pensar que alguien estaba queriendo encaramarse a la silla para darle un pasitrote al caballo de *Pavía*. Los señores diputados, en el palacio de la carrera de San Jerónimo, hablaban mucho más del caballo de *Pavía* que de don *Landelino Lavilla*, pongo por ejemplo, o de don *Gregorio Peces Barba*, a quien, desde luego, sería muy difícil subirlo a un caballo. Empezaron todos a hablar de "golpismo" y de conspiraciones, y el Madrid de los cucañistas y de los pretendientes buscaba por todas partes Aviranetas y palafraneros. El susto de la semana empezó con las declaraciones de cuatro capitanes generales y terminó cuando don *Alfonso Guerra*, en el Congreso del Partido Socialista, dijo aquello de que si el caballo de *Pavía* entraba en el Parlamento, don *Adolfo Suárez* se subiría a la grupa.

El cronista, que no tiene ningún deseo de encaramarse a ningún caballo y que tampoco quiere tirarse desde la tribuna de prensa del Congreso a la calle de Zorrilla huyendo de los cascós, cree que podíamos

ahorrarnos todos estos sustos si a nuestros políticos se les ocurriera alguna manera de hacer enmudecer las metralletas y de que no nos sirvan todos los días, o casi todos, con el desayuno, una ración de proyectiles "Parabellum". Las gentes del pueblo, no se si con mucha o con poca razón, creen que al Gobierno no se le ocurre nada para ir terminando con el terrorismo. Las gentes creen que a los terroristas generalmente no los cogen; cuando los cogen, no se sabe bien lo que hacen con ellos; a unos los ponen en la calle después de haber contribuido a disminuir el déficit del presupuesto nacional con la módica cantidad de cincuenta mil pesetas; de otros no vuelven a decirnos ni pío; y a otros, en fin, cuando nos enteramos de que los juzgan, parece como si los estuviesen juzgando por lo de la campana de Huesca. Lo que me ha dicho un político relevante en el partido que manda: "La verdad es que con los terroristas no se nos ocurre ni hacer vudú."

Lo mejor que podemos hacer es estudiarlos bien ese "Manual de autoprotección" con que nos obsequia el Ministerio del Interior. Para circular ahora por este país habrá que aprender la manera de despistar a los terroristas o de escapar vivo cuando te disparen, como hizo mi amigo *Gabriel Cisneros*. La civilización americana puso de moda aquellos libros que te enseñaban "Cómo ganar amigos" o "Cómo triunfar en los negocios". Antes, todos tuvimos algunos de aquellos libritos que te preguntaban: "¿Quiere usted aprender italiano en diez días?" Antes aún nos hicieron leer a monseñor *Tihamer Thot*, que te enseñaba a ser casto y a ser sobrio. Ahora nos explican cómo ir a la oficina por diversos caminos —como hacía *César González-Ruano* en Roma, huyendo de los acreedores—, cómo usar el chaleco antibalas o cómo mover el cuello para que el plomo te silbe en las orejas sin agujerearte el cráneo, estilo *John Wayne*.

En el congreso socialista, por ejemplo, había una vigilancia que parecía aquello una convención de la Mafia, que yo creo que no dejaron entrar ni a los delegados del "sector crítico" ni a los de la "tercera vía". En la puerta de los centros oficiales tienes que dejar el carné de identidad. Y el otro día me cachearon, antes de dejarme entrar en una embajada, con uno de esos aros metálicos que emite un silbido para indicar que llevas un encendedor, unas llaves o un bolígrafo, como si hubieses hecho un penalty. Dicen que todo va a ser distinto cuando se apruebe el estatuto vasco. En ese momento, a Herri Batasuna la van a poner fuera de la ley, que ya lo ha avisado el senador *Castells*, y que a lo mejor conceden el suplicatorio de *Monzón* y *Letamendía*. Pero quizá con esto no sea suficiente, porque tan necesario como poner fuera de la ley lo que va contra el derecho es poner en la cárcel a quienes están fuera de la ley. Y eso ya es más difícil, por lo que se está viendo. Además, en las cárceles no van a caber todos, y habrá que hacer nuevos túneles para que, antes de entrar, dejen salir.

Pero, en fin, ya veremos. Lo que es menester es que lo veamos. Y que al caballo de *Pavía* lo pongamos de una vez para siempre en las láminas de la historia. Y, todo lo más, subido a las estatuas. Y vamos a pensar en algo para luchar contra el terrorismo, aunque sea en el vudú.

Jaime CAMPANY